

y atacada por todo el ejército francés, tuvo que rendirse después de una gloriosa defensa. Mardik, que había sido reconquistada por los nuestros, volvió a poder del duque de Orleans, que recobrada esta plaza regresó a París, dejando el mando del ejército al de Enghien, el cual comenzó por rendir a Furnes, y acabó la campaña de aquel año por apoderarse de Dunkerque (7 de octubre), sin que fuera bastante poderoso o activo Piccolomini para socorrer a Dunkerque, como no lo había sido Lorena para dar socorro a Courtray. El de Lorena perdió la plaza de Logwi, única que le quedaba en sus estados (1).

Tal serie de pérdidas y tal cadena de reveses puso en el mayor cuidado a la corte de Madrid, que para no acabar de perder lo de Flandes no halló ya mas arbitrio que pedir ayuda y protección al emperador de Alemania. Muchos motivos tenía el austriaco para no negarla. Sobre haber sido constantemente unos mismos los enemigos de las dos ramas de la casa de

AIRE, SITIADO POR LOS FRANCESES



FELIPE IV



R

Austria, nunca España había negado sus poderosos auxilios al imperio, antes los había prodigado siempre, y ahora que España necesitaba del imperio, no podía este faltarle sin nota de ingratitud. Precisamente le daban algun respiro las escisiones entre suecos y franceses. Y además acababan de estrecharse los lazos de familia por medio del segundo matrimonio del rey Felipe IV que se había ajustado por este tiempo con la archiduquesa Mariana, hija del emperador Fernando III (2). Accedió pues el emperador a dar la protección que se le pedía, siempre que se nombrara virey de Flandes al archiduque Leopoldo con las mismas facultades que habían tenido el archiduque Alberto y el cardenal infante de España, condición que pareció bien a los ministros españoles, porque la autoridad concentrada en manos de un príncipe era lo que podía hacer cesar los celos y disidencias entre los generales de Flandes, que en mucha parte habían sido la causa de tantas desgracias. Hízose pues un nuevo pacto de amistad entre las dos casas de Austria y de España. Pero a su vez la Francia celebró otro tratado de confederación con la reina de Suecia, el duque Maximiliano de Baviera, el Elector de Colonia y el príncipe Maximiliano Enrique, y todas sus provincias, ejércitos, obispos y dinastías (3).

Llegado que hubo el archiduque a Bruselas, procuró acreditarse recobrando algunas de las plazas que nos habían conquistado los franceses. Recuperó en efecto a Armentieres, tomó a Landreay (mayo y junio, 1647), a Dixmude y algunas otras fortalezas; pero en cambio los mariscales Gassion y Rantzau se apoderaron de la Bassée, de la Esclusa, que hicieron demoler, de Lens, cuyo sitio acabó Rantzau, herido en él

(1) Historia de las Provincias Unidas de Flandes.—Limiers: Historia del reinado de Luis XIV.—Guillermin: Hist. MS. del duque Carlos de Lorena.

(2) Las cortes, muerto el príncipe don Baltasar Carlos, invitaron al rey a que contrajera segundas nupcias para que no quedara sin sucesión el trono. Felipe eligió a la archiduquesa Mariana de Austria. Don Diego de Aragon, embajador en Viena, fué el encargado de esta negociacion. El 2 de abril (1647) se dieron por acordadas las capitulaciones entre ambas cortes, y el 17 de julio de 48 se publicaron las bodas en Madrid. El conde de Luminares fué como embajador extraordinario a llevar las joyas a la reina.

(3) *Transactio inter Regem Ludovicum XIV Gallie et Navarrae, Regnam Sueciae Dominam Ameliam Elisabetham, administratricem Hassie inferioris... tum ex altera parte inter electorem Maximilianum Ducem Bavarie, et universam domum electoralem. Electorem Coloniae, et principem Maximilianum Henricum, ipsorum provincias et exercitus, etc., inita Ulme Suecorum, die 14 martii anno 1647. Pacta Gallie, cap. LXXI.*

mortalmente Gassion (julio y agosto, 1647), y frustraron la tentativa que el archiduque hizo sobre Courtray. La campaña acabó por una reñidísima accion cerca de Lens entre el archiduque, el general Beck y el príncipe de Ligne de una parte, el príncipe de Condé, Grammont y Chatillon de otra, en la cual, despues de llevar los alemanes y españoles arrollada una gran parte del ejército francés, por precipitacion del archiduque y desorden con que marcharon los nuestros creyéndose ya vencedores, dieron lugar a que Condé aprovechara hábilmente aquella imprudencia, y volviendo sobre el ala izquierda, y arremetiéndola furiosamente fué sucesivamente derrotando izquierda, centro y derecha, huyendo el archiduque en desorden con las cortas reliquias de su destrozado ejército. Perdiéronse entre muertos, prisioneros y heridos sobre ocho mil hombres; entre estos últimos lo fueron mortalmente los generales Beck y príncipe de Ligne, con los mejores oficiales: quedaron en poder del enemigo treinta y ocho cañones, muchas banderas y todo el bagaje (4). El desastre fué completo para nosotros, y vino, por si algo faltaba todavía, a acabar de convencer a la corte de Madrid de que era ya imposible sostener la guerra en los Países Bajos, por lo menos si no se daba a la política otro rumbo.

Tiempo hacia que se trataba de una paz general entre todas las potencias y príncipes de Europa. Los primeros tratos habían comenzado en 1641 en Hamburgo, pero las verdaderas negociaciones no se entablaron hasta 1644, celebrándose conferencias al mismo tiempo en Osnabruck y en Munster, concurrendo al primero de estos puntos los enviados del emperador, de los Estados del imperio y los de Suecia, y al segundo los plenipotenciarios del emperador, los de Francia, España y otras potencias. Hízose así para evitar cuestiones de preeminencia entre Suecia y Francia, pero considerándose las conferencias como si se celebraran en un solo punto para las condiciones del tratado definitivo. España envió primeramente a Munster en calidad de plenipotenciario al célebre escritor don Diego de Saavedra Fajardo, que estuvo hasta 1646, y despues fueron enviados con poderes especiales el conde de Peñaranda don Gaspar de Bracamonte, Fr. José de Bergaño, arzobispo cameracense, y Antonio Brun, del consejo de Flandes. Hasta Cataluña envió tambien al regente de la audiencia de Barcelona, Francisco Fontanella, para que informara al plenipotenciario de Francia de los usos, leyes y costumbres del Principado.

No nos incumbe hacer la historia, que seria larga, de las diferentes fases que fueron tomando estas negociaciones en su último período, que duró cuatro años, ni de las dificultades que cada día ocurrían para venir a una solución satisfactoria, ni de las varias combinaciones que se proponían, ni de los obstáculos y contrariedades que ocurrían, como era propio y natural en asunto tan complicado y difícil, y en que se cruzaban tan opuestas pretensiones y tan encontrados intereses de tantas naciones y de tantos príncipes. Todos tenían interés en la pacificación, pero todos aspiraban a sacar de ella en provecho propio mas de lo que los otros consentían. Intentaba la Francia quedarse con los Países Bajos en cambio de Cataluña, con cuya mira procuraba disuadir a los holandeses de hacer una tregua con España, al mismo tiempo que el príncipe de Orange recibía avisos de que Francia y España andaban en negociaciones secretas; y cuando la corte española remitía a la reina de Francia sus condiciones de paz, los plenipotenciarios franceses hacían confianza de ello a los de Holanda, que se mostraban resentidos. La reina pedía la Navarra, y consentía en el matrimonio de la infanta de España con el rey su hijo, y por último hacia al

(4) Hay entre los historiadores respecto al resultado material de esta batalla la misma discordancia que generalmente se observa en todos los hechos de esta clase. Unos hacen subir el número de muertos a ocho mil, y a cinco mil el de los prisioneros: otros suponen ocho mil prisioneros, y limitan el número de los muertos a mil quinientos, etc. Nosotros, segun nuestra costumbre, tomamos el término medio que resulta de los cálculos de los historiadores de las diferentes naciones, contando con el interés encontrado que han podido tener en aumentar ó disminuir, y cuidándonos siempre menos de averiguar la exactitud numérica de los muertos ó heridos, que del resultado sustancial y moral de la batalla.

CAPITULO XII

ITALIA

Insurreccion de Nápoles

DE 1647 A 1648

Intrigas de Mazarino en Italia.—Piérdense Piombino y Portolongone.—Rebelion de Sicilia.—Causas y circunstancias que la prepararon.—Mal gobierno del marqués de los Velez.—Sublevacion en Palermo.—Cobardía de conducta del virey.—Rebelanse otras ciudades de Sicilia.—Cómo se quietaron.—Rebelion de Nápoles.—Causas del disgusto de los napolitanos.—Mal comportamiento de los vireyes españoles.—El duque de Arcos.—Impuesto sobre la fruta.—Indignacion popular.—Grave insurreccion.—Masaniello.—Cobardía y debilidad del virey.—Concesiones al pueblo.—Abraza el duque de Arcos públicamente a Masaniello.—Triunfo popular.—Solemne jura de los fueros.—El cardenal Filomarino.—Desvanecimiento de Masaniello.—El pueblo le asesina por malvado, y al día siguiente adora su cadáver.—Sangrientos combates en Nápoles: ármanse mas de cien mil hombres.—El príncipe de Massa general de los insurrectos.—Combates mortíferos.—Acude don Juan de Austria con buena escuadra.—Fuego horroroso de los castillos y de las naves sobre la poblacion.—Incendio y mortandad.—Nuevo triunfo del pueblo.—Asesinato del príncipe de Massa.—Nuevo caudillo popular: Genaro Annese.—Ejército contrarrevolucionario de los nobles.—Sublevacion y socorros de las provincias a los populares.—Proclaman los de Nápoles al duque de Guisa, y se erigen en república.—Escuadra francesa en las aguas de Nápoles: el duque de Richelieu.—El cardenal Mazarino no favorece al de Guisa.—Abandónale el duque de Richelieu.—Descontento popular: comienza a decaer la revolucion.—Separacion y relevo del duque de Arcos.—Es nombrado virey de Nápoles el conde de Oñate.—Don Juan de Austria resiste un ataque general de los insurrectos.—Manejo y política del conde de Oñate.—Error gravísimo del duque de Guisa.—Aprovéchase de él el de Oñate, y entra en la ciudad.—Sométense los rebeldes.—Prision del de Guisa.—Son severamente castigados los sediciosos: suplicios.—Recóbranse Piombino y Portolongone.—Sujétase al duque de Módena.—Situacion de Italia despues de la revolucion de Nápoles.

Los efectos de la siniestra influencia de un mal gobierno se extienden y hacen sentir en todas las regiones a que alcanza su dominacion; y cuando un Estado entra en el periodo de la decadencia, en todas partes sobrevienen conflictos que contribuyen a aumentar su descrédito y a amenguar su poder. Lo extraño y lo admirable habria sido que las distracciones del monarca, los desaciertos de sus ministros, y la desmoralizacion de los favoritos y cortesanos no hubieran producido mas amargos frutos que los que dentro de los límites de la Península se recogian. No era así por desgracia, ni podia ser. Ya hemos visto cuán mal parados andaban nuestros asuntos en Flandes. No presentaban mas lisonjero aspecto en Italia.

Despues de haber perdido algunas plazas el conde de Siruela, que habia reemplazado en el gobierno de Milan al marqués de Leganés, quiso nuestra desgraciada suerte que nuestros mas firmes auxiliares hasta entonces, el príncipe Tomás y el cardenal de Saboya, que despues que dejó el capelo para casarse con su sobrina tomó el título de príncipe Mauricio, mas por sus intereses que por las quejas que suponían de España y desavenencias con nuestros generales, se reconciliaran con la duquesa, y lo que fué peor, uniéronse con los franceses contra los españoles cuya causa habían siempre defendido. Reunidos ya para mal nuestro franceses y saboyanos, tomáronnos a Niza, Verna, Crescentino y Tortona, bien que valerosamente defendida esta última por el conde de Siruela, quien al menos dejó con honra el mando al marqués de Velada, que desde Flandes pasó a sucederle. Hasta el pequeño príncipe de Mónaco, Honorato Grimaldi, que habia sido un leal vasallo de España, y en cuyo puerto habia desde Carlos V una guarnicion de españoles, viendo tan decaída allí nuestra causa, abrió las puertas de la ciudad a los franceses, no sin que los españoles, aunque sorprendidos y casi

monarca español árbitro de la paz, respuesta que oyeron con sorpresa y con recelo los españoles. Cuando se iba ya arreglando un acomodamiento entre España y la república holandesa, advertían los holandeses cierta lentitud por parte de la Francia para la marcha de las negociaciones que se les hacia sospechosa, lo cual los movió a tratar particularmente con los españoles.

Iguales ó parecidas dificultades y complicaciones ocurrían cada día entre Francia, Suecia, Roma, el imperio, y los demás príncipes que tenían intervencion en el tratado.

Al fin, despues de muy largas y muy laboriosas negociaciones, el 24 de octubre de 1648, se concluyó el tratado de paz de Munster, donde algunos dias antes se habían reunido los plenipotenciarios de Osnabruck. El famoso tratado de Munster, que se nombra mas comunmente de Westfalia, por pertenecer ambas ciudades al círculo así llamado, estableció la paz entre la Francia y el Imperio, puso término a la guerra de Treinta años, fijó de una manera definitiva y estable la constitucion política y religiosa de Alemania, y le dió verdaderamente su organizacion moderna: por él se cedió a la Francia la Alsacia; a la Suecia la Pomerania y otros territorios; se determinó la independencia de los diferentes Estados del imperio, y se secularizaron varios obispos y abadías, lo cual produjo solemnes protestas del papa contra este convenio.

Por lo que hace a España, lo importante y lo trascendental fué el reconocimiento que hizo de las Provincias Unidas de Holanda como nacion libre é independiente, quedando cada una de las dos potencias con lo que poseia, y declarándose libre para entrambas naciones la negociacion y comercio de las Indias Orientales y Occidentales. El tratado se hizo sin conocimiento del cardenal Mazarino, que se quedó asombrado cuando lo supo; quejose altamente de la ingratitud de los holandeses, y redobló sus esfuerzos y sus intrigas para separar la casa de Austria de la de España (1).

Esta paz fué el término de las sangrientas y calamitosas guerras que por mas de ochenta años, desde los primeros del reinado de Felipe II, sostuvieron, sin mas interrupcion ni descanso que la tregua de doce años, aquellas desgraciadas provincias contra todo el poder de España, la nacion entonces mas poderosa del orbe; guerras en que se consumieron los tesoros del Nuevo Mundo por cerca de un siglo, y en que se derramaron rios de sangre flamenca y española. Con la paz de Munster quedó puesta de manifiesto a la faz del mundo la impotencia de España; pero por mas que las condiciones del tratado fuesen desventajosas y humillantes para la nacion española, la situacion a que esta habia venido por una serie de fatales circunstancias, no hacia posibles ya otras en que saliéramos mas aventajados.

Mazarino y la corte de Francia, cuyo reino seguia gobernado por una reina española de la dinastía de Austria, no cesó, sin embargo, ni retrocedió en su plan de separar los intereses de las dos monarquías de la rama austriaca, y este fin llevaba en el que se celebró entre la Francia y el imperio en la misma ciudad de Munster (2). La paz de Westfalia dió ya otro giro a los negocios de Europa, pero si otros Estados pudieron disfru-

(1) Woltmann, Historia de la Paz de Westfalia, 2 volúmenes, Leipsick.—Schiller, Hist. de la guerra de Treinta años.—Larrey y Limiers, Historia del reinado de Luis XIV.—Vivanco, Historia MS. de Felipe IV.—Poderes dados por Felipe IV a sus plenipotenciarios, marqués de Peñaranda, etc., para tratar de la paz con los holandeses, en Zaragoza a 6 de junio de 1646.—El tratado consta de 79 artículos, fundados todos sobre las bases que hemos indicado, y se encuentra en todas las colecciones de Tratados de paz.

El texto castellano comenzaba: «Don Felipe por la gracia de Dios rey de Castilla, de Leon, etc.—Sea notorio a todos, que despues de largo tiempo de guerras sangrientas, que por tantos años han afligido los pueblos, súbditos, reinos y tierras de los señores rey de España y de los Estados de las Provincias Unidas de los Países Bajos; é los Señores Rey y Estados, movidos de compasion cristiana, y deseando poner fin a las calamidades públicas y atajar los futuros subcesos y inconvenientes, daños y peligros de la continuacion de las dichas guerras de los Países Bajos, que podrian causar, y aun por una extension en otros Estados, países y mares mas remotos, etc., etc.»

(2) *Instrumentum, sive Tractatus Paris signatum et obsignatum Monasterii in Westphalia, die 24 octobris, anno 1648, per Legatos plenipo-*

tenarios Sacrarum Magestatum Imperialis et Christianissima, etc.—Pacta Gallie, cap. LXXIV.

desarmados, pelearan gloriosamente antes de abandonar la plaza (1).

Tan empeñado el cardenal Mazarino como el de Richelieu en quebrantar, y en aniquilar, si pudieran, el poder de España, el ministro favorito de la reina Ana de Francia, como el ministro privado del rey Luis, no había cesado de trabajar con intrigas y con armas en Italia, como en todos los dominios españoles, y de enviar ejércitos y escuadras á aquel bello país contra las escuadras y los ejércitos de España. Desde la defección de los príncipes Tomás y Mauricio de Saboya, debida en gran parte á los manejos y á la seducción de aquella corte, nuestras armas en Italia no habían podido tener aquella fácil superioridad que tenían antes.

Merced á los esfuerzos del valeroso Carlos la Gatta, y á los auxilios que le prestaron el duque de Arcos y el marqués de Torrecusa, había podido defenderse trabajosamente la plaza de Orbitello, sitiada y atacada por el príncipe Tomás. Pero Piombino y Portolongone habían caído en poder de los mariscales franceses Meylleraie y du Plessis, y parte de la flota que los condujo á aquellas costas amenazaba al golfo de Nápoles, mientras otra parte había ido á los puertos de Provenza á preparar otra expedición. Llena de terror estaba la Italia, cuando sucedieron las revoluciones de Sicilia y de Nápoles de la manera y por las causas que vamos á apuntar.

Era virey de Sicilia el marqués de los Velez, el primero que había ido con ejército de Castilla á reprimir la rebelión de Cataluña, en que fué tan poco afortunado. Las urgencias de tantas guerras como España sostenía, habían obligado á imponer á los sicilianos cargas y contribuciones para atender á los gastos públicos, no obstante los privilegios concedidos por Carlos V; y con motivo de las últimas empresas de los franceses en las costas de Toscana, aquellos tributos y derramas se habían aumentado, recargando los artículos de primera necesidad, al propio tiempo que se hicieron levas considerables de hombres, forzándolos á servir de soldados ó de marineros. Quiso la fatalidad que en tal estado afligiera aquellas fértiles provincias una sequía extraordinaria (1646), que las privó de las cosechas de todos sus frutos, á la cual siguió un hambre horrorosa. No le ocurrió al marqués de los Velez otro remedio para atajar aquel daño y calmar los clamores de aquellos infelices, que prohibir á los panaderos subir el precio del pan, bajo pena de la vida. Sucedió con esto que los panaderos se retiraron de su ejercicio, y faltando la venta pública del pan, creció la miseria, y con ella el descontento y la desesperación del pueblo. Comenzaron á alborotarse los habitantes de Palermo tomando tumultuariamente las armas, y puesto al frente de las turbas un calderero llamado José Alecio, diéronse á quemar y saquear las casas de los recaudadores y de los agentes y amigos del virey, pusieron en libertad todos los presos, y por espacio de tres días estuvo aquella capital entregada á los excesos y horrores de la anarquía (1647).

Acobardado el de los Velez, y refugiado en las galeras, tuvo la debilidad de acceder á todo lo que pedía la muchedumbre, abolió las nuevas gabelas, y devolvió al pueblo sus antiguos privilegios. El pueblo, á quien nunca satisfacen las concesiones así arrancadas, pidió la abolición de todos los impuestos establecidos desde el tiempo de Carlos V, y la exclusión de los españoles de todos los empleos públicos. La insurrección cundió á todas las principales ciudades de Sicilia, á excepción de Mesina, única que se mantuvo leal á España. Esto y el haberse puesto los nobles y barones, mucha parte de ellos de origen catalán, del lado del virey, protestando su adhesión al gobierno español, debilitó el partido popular, adormeciéndose con promesas el resentimiento público, y poco á poco se fué dominando la insurrección hasta apagarla (2).

(1) *Transactio inter regem Ludovicum XIII et principem Monachom, de patrocinio illius principatus suscipiendo: inita dia 8 de julis, anno 1641.*

Transactio inter regem Ludovicum XIII ab una. et Mauritium cardinalem atque Thomas principes Sabaudie ab altera parte inita. Taurini, anno 1642, dia 14 junii et 1.º julii sequentis.—Pacta Gallie.

(2) Botta: *Storia d'Italia*.—Anal. Sicil.—Soto y Aguilar: *Epítome ad ann.*—Vivanco: *Hist. MS. de Felipe IV*, lib. XVI.—Relacion hecha por el marqués Luis Muttey de las diligencias que había practicado para co-

De mayores proporciones y de mas cuidado fué la sublevación de Nápoles. Era este uno de los reinos que se habían mantenido mas fieles á España, y de los que habían hecho mas servicios á la monarquía, no habiendo escaseado para ello ni sangre, ni ejércitos, ni tesoros, y peleando en todas partes los napolitanos tan unidos á los españoles como si lo fuesen ellos mismos. Muchas victorias se habían debido á la inteligencia y denuedo de generales napolitanos. Nuestros vireyes, léjos de guardar miramientos y de tratar con consideración á un pueblo que había hecho siempre tantos sacrificios, no pensaban sino en esquilmarle, señaladamente en los últimos años, y no ya para provecho de la nación española, sino para enriquecerse á sí propios y á sus favorecedores. Vióse á algunos en poco tiempo ir pobres y volver opulentos. El sistema de corrupción se extendía, como sucede siempre, á los agentes subalternos, y los gobernadores y comandantes de las plazas no pagaban la tercera parte de los soldados que figuraban en las revistas. La miseria pública crecía de día en día; y las murmuraciones y las quejas, si en el principio se emitían con cierta timidez y retraimiento en privados círculos, despues se expresaban en alta voz en plazas y en calles. Los nobles y el clero, léjos de procurar algun alivio á los vasallos y á los pobres, los unos los oprimían mas, resucitando los derechos feudales mas onerosos, el otro administraba en propio interés hasta los establecimientos destinados al socorro de la pobreza. Si algun virey, como el honrado almirante de Castilla, que sucedió al duque de Medina de las Torres, representaba á la corte de Madrid las justas causas del descontento que observaba en el pueblo, y los males y disgustos que de seguir tratándole de aquella manera podrían seguirse, ó era desoído ó se le miraba como un débil ó un visionario, y se le contestaba pidiéndole hombres y dinero, hasta que cansado de avisos inútiles, y no queriendo ser responsable de lo que pudiera acontecer, hizo dimisión de su cargo, porque no quería que en sus manos se rompiera aquel hermoso cristal que se le había confiado (3).

El duque de Arcos, que sucedió al almirante, era un buen español, hombre probo, pero de carácter duro y tenaz, y poco á propósito para mandar en determinadas circunstancias. Luego que llegó á Nápoles comenzó á apretar á los contribuyentes y arrendadores; tuvo despues que imponer una nueva gabela para atender á los gastos de la guerra con los franceses, y ocurrióle la malhadada idea de cargar con este tributo al consumo de la fruta que era allí el alimento comun y ordinario del pueblo, y los recaudadores pusieron al instante sus casillas en las plazas y mercados (enero, 1647). Desde luego se notó el disgusto, y hasta la indignación, que semejante tributo producía. Veíanse en todos los semblantes señales de cólera y de enojo, multiplicábanse las representaciones al virey, llenábanse las esquinas de pasquines, y como los ánimos estaban ya hartos predispuestos, bastaba una pequeña ocasion para hacer estallar la ira que había en los corazones, y esta ocasion no tardó en presentarse. El duque de Arcos ya lo veía venir, y tenía pensado conmutar aquella contribución por otra, pero por su dilación en ejecutarlo se le anticiparon los sucesos.

Ocurrió un día un altercado (7 de julio, 1647) entre unos vendedores de fruta y los arrendadores de la gabela, negándose aquellos á pagar á estos toda la cantidad que les pedían. A la disputa acudió un gran golpe de gente, derramóse la fruta por el suelo, y la muchedumbre acometió á los cobradores, que se salvaron con dificultad. Al frente de estos primeros tumultuosos se puso un vendedor de pescado llamado Tomás Aniello de Amalfi, á quien el vulgo por abreviación nombraba Masaniello, jóven de veintisiete años, robusto y audaz, que estaba deseando el alboroto, porque tenía un resentimiento que vengar. Hacía poco tiempo que su mujer había sido presa

ger un sacerdote de Palermo, que fué á Paris á acordar con el cardenal Mazarino la revolución de Palermo: archivo de Salazar. Doc. 56, p. 180.

(3) Carta del virey de Nápoles al rey, dándole cuenta del estado del reino.—Hay quien calcula que entre el conde de Monterrey y el duque de Medina de las Torres sacaron de aquel reino en trece años cien millones de escudos de oro.

por los aduaneros al querer introducir fraudulentamente un poco de harina, articulo tambien gravado con subido tributo. Masaniello había vendido su pobre ajuar por sacar de la prisión á su mujer, á quien amaba mucho, y juró vengarse. Era por lo tanto el mas ardiente instigador de la plebe contra el gobierno, y mas contra los arrendadores, y aprovechó aquella buena ocasion que se le presentó para ello. Puesto pues á la cabeza del populacho, y á los gritos de ¡Viva Dios! ¡Viva la Virgen del Cármen! ¡Viva el rey! ¡Muera el mal gobierno! ¡Muera la gabela! corrió con las desenfundadas turbas, deshaciendo y quemando las garitas de los recaudadores; despues se dirigieron todos á la plaza de palacio, y dando desaforados gritos pidieron al virey que se asomara al balcón, hasta que cansados de esperar rompieron las puertas y penetraron en su propio gabinete.

El de Arcos, con un apocamiento y una irresolución indisculpable en tales lances en una primera autoridad, pálido y trémulo, no discurrió otra cosa que exhortar á la muchedumbre á que se aquietara, diciendo con angustiada voz: *Sé, hijos míos, todo se hará.* Y se escribieron apresuradamente varias papeletas firmadas por el virey, aboliendo el impuesto, y se arrojaron por la ventana á la muchedumbre, la cual no contenta ya con esto, pedía la abolición de todas las gabelas. Entonces el de Arcos, ya sin color en el rostro y sin aliento en el corazón, despues de hacer trasladar la duquesa y sus hijos á Castilnovo, deslizóse él mismo por una escalera de caracol, y metióse en un coche que encontró á la puerta. La multitud le obligó á apearse, y aunque nadie, por confesión suya, le insultó ni se descompono con él, sin tomar providencias para acallar el tumulto metióse en el convento de San Francisco. Apresuráronse los frailes á cerrar las puertas, pero esto indigno mas á los tumultuosos, rompieronlas con violencia, y penetraron en el convento. El virey, cada vez mas aturdido, y siempre cobarde, hizose encerrar y conducir en una silla de manos al castillo de Santelmo, y de allí á las dos horas se trasladó al Nuevo, donde estaban ya su esposa y sus hijos, y donde le acompañaron muchos nobles y caballeros (1).

(1) El carácter y naturaleza de nuestra obra no nos permite detenernos á dar cuenta de otros pormenores y circunstancias que ocurrieron en esta célebre sublevación, y de las que acompañan siempre á los alborotos y movimientos de esta clase. El que desee conocerlos mas minuciosamente puede consultar la excelente obra que con el título de *Masaniello ó La sublevación de Nápoles*, ha publicado nuestro ilustrado amigo don Angel Saavedra, duque de Rivas, embajador que ha sido de España en aquel reino (dos volúmenes en 8.º, Madrid, 1848). Este erudito escritor ha consultado para escribir la historia de este suceso entre otras obras, principalmente las siguientes: Tomás de Santis, autor contemporáneo, *Historia del tumulto di Napoli*; Alejandro Giraffi, id. *Le rivoluzioni di Napoli*; Raphael de Turris, id. *Dissidentis receptaque Neapolis*: el conde de Módena, *Memorias sobre la revolución de Nápoles*; Parrino, *Teatro eroico e político de gobierni de vicere, etc.*: Baldachini, *Storia napoletana dell'anno 1647*; Giannone, *Storia civile del regno di Napoli*; y los manuscritos de Capaelatro y de Agnello de la Porta sobre este acontecimiento.

Y sin embargo todavía hallamos algunas discordancias, en la narración de lo que ocurrió en aquel tumulto, entre estos tan apreciables escritores contemporáneos y otras relaciones manuscritas de aquel tiempo que nosotros tenemos á la vista: tales como la que hizo el conde de Villamediana á don Luis de Haro, con carta original de aquel, la cual se halla en el archivo de Salazar, Doc. 34, y principalmente con la carta que escribió el mismo duque de Arcos al rey don Felipe dándole cuenta de los primeros alborotos, y que copió don Bernabé de Vivanco en su *Historia inédita*, libro que se dice octavo, y le corresponde ser el décimosexto.—Dice por ejemplo el duque de Rivas, siguiendo los autores arriba enumerados, que cuando venía el virey en el carruaje, «iba angustiadísimo, y descontentos los que le acompañaban, y mas viendo muchas espadas y picas amenazarle de cerca, como de léjos algunos arcabuces y ballestas, y á la gente mas soez, perdido todo respeto, saltar el estribo y poner las manos violentamente en su persona, llegando, segun afirma un autor contemporáneo, hasta tirarle del bigote.» Y el duque de Arcos en su carta dice, no haberse descompuesto nadie con él; «antes mostraban respetarme y besarme los pies, etc.»—Añade tambien el de Rivas que el virey debió su salvación al recurso de tirar al pueblo puñados de monedas de oro, con lo cual los que seguían la carroza se arrojaban codiciosos á la presa, é hicieron claro, que sostuvieron valerosamente los caballeros y algunos soldados españoles para dar paso al virey.

Además de estas obras y documentos tenemos á la vista otro opúsculo manuscrito titulado: *Rebelion de Nápoles y sus sucesos*, por don Diego

Acaudillada entre tanto la multitud por Masaniello, y dando ya mas dirección al movimiento el doctor Julio Genovino, hombre octogenario, pero demagogo furioso y sagaz, electo que había sido ya del pueblo en las turbulencias del vireinato del duque de Osuna, fueron soltando los presos de todas las cárceles, acometieron y despojaron las armerías, batiéronse ya en algunos puntos con las guardias tudescas y españolas, y las vencieron, y tomaron las armas de los cuarteles, con que llegaron á juntarse hasta ciento veinte mil hombres, unos bien, otros mal armados. Dueños de la población, no contando el virey sino con dos mil hombres de infantería (porque la caballería que había sido llamada no podía entrar, teniendo el pueblo cortados los pasos), diéronse á quemar las casas de los arrendadores y de los amigos del virey, degollaron algunos, prendieron al duque de Matalon, y escapó milagrosamente de sus manos el prior de la Roccela.

Sin embargo, dos circunstancias hubo dignas de notarse en medio de aquellos excesos. La una, que en las casas que incendiaban no se permitía á nadie robar ni un harapo ni un alfiler; el robo estaba prohibido con pena de muerte. La otra, la consideración y respeto con que trataron todo lo que representaba la persona del rey; tanto que los retratos de Felipe IV que encontraban, los colocaban en las esquinas y cuarteles de la ciudad bajo doseles, é inclinaban ante ellos la rodilla, aclamando ¡Viva el rey! Circunstancia que debió avergonzar al virey y sus agentes, porque harto claro mostraba que ellos y no el monarca eran el objeto del odio popular, y la causa de aquellos lamentables disturbios (2).

Comenzó el virey á negociar desde su castillo con el pueblo, primero por medio de algunos nobles y caballeros allí refugiados y que le servían con lealtad, los cuales nada pudieron recabar, ni era gente acepta á la multitud: despues por mediación del arzobispo y cardenal Filomarino. Interrumpiéronse los tratos por noticias siniestras que corrieron por la ciudad de haberse envenenado el agua de las fuentes, con lo cual se renovó el alboroto tomando mas recrudescencia, y entonces fué cuando se cometieron algunos asesinatos, y se incendiaron multitud de casas. Al fin se fué restableciendo algun sosiego, y ganado con promesas el doctor Julio Genovino, y leídas al pueblo las proposiciones del virey en lengua italiana por el cardenal Filomarino, fueron enviados al castillo el cardenal, el nuevo electo del pueblo llamado Arpayá, y Masaniello, á quienes seguía una muchedumbre inmensa, los cuales manifestaron al virey que aceptaban sus concesiones. Las concesiones eran la abolición de todos los nuevos impuestos y gabelas desde el tiempo de su rey don Fadrique, y la devolución de los privilegios otorgados por el emperador Carlos V.

No estuvo todo el mal en este acto de lamentable debilidad del virey, sino que no contento con esto, abrazó públicamente á Masaniello, y juntos se asomaron á los balcones del palacio, y aun llegó su degradación á limpiar con su pañuelo el sudor del rostro al caudillo popular (3). Desde allí arengó

Phelipe de Albornoz, thesorero dignidad y canónigo de la santa iglesia de Cartagena y Murcia, en el año 1648.—Archivo de la Real Academia de la Historia, G. 68.

(2) El caso es que el mismo duque de Arcos lo confesaba así todo en el parte que dió al rey. «En las casas que se han quemado (dice) no han consentido que por ningún caso se robe ninguna cosa, y el que lo hace lo paga con la vida, y así lo observan inviolablemente con ser los ejecutores de estas impiedades los mas pobres y de lo mas ínfimo del pueblo.» Por consiguiente faltan á la exactitud los escritores que hablan de robos y saqueos en este tumulto.—«Otra circunstancia (dice mas arriba) es la suma veneración y aclamación que en medio de tan increíble alboroto han tenido y tienen al Real nombre y retratos de V. M., poniéndolos en todos los cuarteles de esta ciudad debajo de dosel, hincando la rodilla siempre que pasan, exclamando que viva, con otros muchos rendimientos.»

(3) Esto último no lo dijo el virey en su comunicación, pero sí que había abrazado á Masaniello. «Le abrazó, dice, y concediéndole la gracia le ofrecí el perdon en nombre de V. M., etc.»

Tambien fué muy curiosa la entrevista de la mujer de Masaniello con la duquesa de Arcos. La vireina envió sus carrozas á la esposa del antiguo pescadero para que fuese á palacio. Fué en efecto acompañada de unas cuantas vecinas y de su suegra y su cuñada, todas con magníficos trajes, que formaban singular contraste con sus toscas formas y sus modales gro-